

rumores de nuevos arreglos territoriales, y arreglos de los cuales saldría ella perdiendo tales ó cuales provincias en cambio de otras, y siempre de menor importe éstas que aquéllas; rumores promovidos por la impaciente ambición de los príncipes, de casa tan antigua el uno cuanto tenía de advenediza y reciente la del otro. El primero era el elector de Hesse-Cassel, príncipe solapado, avaro, enriquecido con el producto de sus minas y con la sangre de sus súbditos vendidos al extranjero; hombre que quería estar bien con la Inglaterra, donde había puesto sus inmensos capitales; con la Prusia por su vecindad con ella y porque era uno de sus generales; con la Francia, en fin, porque entonces tenía el poder de derribar ó de levantar la fortuna de todas las casas soberanas. De cuantos ardidés le sugirió su índole, de otros tantos se sirvió con Mr. de Talleyrand para que se le comprendiera y aventajara en el nuevo arreglo. Entró ofreciéndose á hacer parte de la confederación proyectada, poniendo por lo mismo bajo de nuestra influencia una de las porciones más importantes de la Alemania, es decir, la Hesse; pero á condición de que se le había de otorgar gran parte del territorio de la casa de Hesse-Darmstadt, á la cual él aborrecía con ese odio de línea directa contra la línea colateral, tan frecuente entre las familias alemanas. Insistía mucho en este punto, y aun propuso un plan muy extenso y muy detallado; pero al mismo tiempo escribía al rey de Prusia denunciándole lo que se tramaba en París y diciéndole que se preparaba una confederación que había de arruinar la influencia de aquella nación y no menos que la del Austria, y que se le perseguía por todas partes y con todo género de ofrecimientos para hacerle entrar en el pacto.

El nuevo príncipe alemán Murat se manejó de distinta manera. No contento aún con el rico ducado de Berg, que encerraba como ya se dijo trescientos mil florines de renta, suministrándole además los medios de mantener dos regimientos, y poniendo en sus manos la importante plaza de Wesel, quería que por lo menos se le igualase con los soberanos de Baden ó de Wurtemberg, debiendo agregársele con este fin un Estado en Westfalia de un millón de almas. Para lograrlo apenas se apartaba de Mr. de Talleyrand instándole incesantemente; y ese ministro, que siempre se mostraba demasiado dispuesto para complacer á los miembros de la familia imperial, todo se volvía hacer y deshacer proyectos para componer el Estado que aquel príncipe deseaba. La Prusia estaba convidando naturalmente con Múnster, Osnabruck y Ost-Friga, aunque en verdad meditando pagarla esas posesiones con las ciudades anseáticas, que ofrecían una remuneración excelente, si no en territorio, por lo menos en riqueza y en importancia.

Tales fueron los planes que se prepararon sin que Napoleón supiera una palabra, pero que al cabo cuando se sometieron á su aprobación fueron desechados. No quiso que la Alemania sufriera nuevos retoques sin más que por satisfacer la ambición de Murat; á más de que estaba muy resuelto á no incorporar las ciudades anseáticas en ningún grande Estado europeo, puesto que ya en sus últimas combinaciones había dispuesto de Augsburgo, y estaba disponiendo de Nuremberg, por cuyas ciudades pasaba el comercio de la Francia con el centro y el Mediodía de la Alemania. Nuestro comercio con el Norte se hacía por Hamburgo Brema y Lubeck,

y no entraba en las miras de Napoleón el sacrificar unas ciudades cuya independencia tanto interesaba á la Francia y á la Europa. Los vinos y los tejidos franceses penetraban en Alemania y en Rusia bajo el pabellón neutro de las ciudades anseáticas, y bajo de ese mismo pabellón se nos traían las materias navales, tal vez los cereales si nuestra cosecha no alcanzaba á llenar nuestras necesidades. Cerrar, pues, esas ciudades en la aduana de un grande Estado, habría sido poner trabas á su comercio y al nuestro; bastaba por lo mismo el sacrificio de Nuremberg y de Augsburgo, que enviaban á Francia su mercadería y su quincalla, llevándose nuestros vinos, nuestras estofas, nuestros géneros ultramarinos, con los cuales abastecía después al Mediodía de la Alemania.

Napoleón, que como se ha visto no quería sacrificar las ciudades anseáticas, rechazó toda combinación que llegara á comprenderlas en un Estado, fuese grande ó pequeño, razón por la cual quedaron derribados los proyectos de Murat. Por lo que corresponde al elector de Hesse, hombre á quien él aborrecía por falso, por codicioso y porque con la exterioridad de una indiferencia marcada llevaba la traición de un enemigo oculto y encarnizado, se proponía Napoleón pagarle en su día los pérfidos sentimientos que abrigaba contra la Francia; y por consiguiente no quiso que se pactara con él ni que se le incluyera en la confederación que se estaba organizando, porque eso habría sido hacer imposible un proyecto eventual que debía acarrear la ruina no muy lejana y hartó merecida de aquel príncipe. En el supuesto de haber de restituir el Hannóver á la Inglaterra, importaba encontrar una remuneración para la Prusia; y Napoleón iba en el intento de ofrecerla la Hesse, que sin duda la aceptaría del mismo modo que había aceptado los principados eclesiásticos y el Hannóver, y como había aceptado las ciudades anseáticas, pues que continuamente las estaba solicitando. Ese proyecto, del que ningún conocimiento tenía la diplomacia europea, y que incluía el castigo de las tramas continuas de la casa de Hesse con los enemigos de la Francia, fué causa, ya que no explicada entonces, del tesón con que se echaron las instancias que hizo el elector para que se le admitiera en la nueva confederación, y de la falsa lealtad que quiso vender en seguida á la corte de Prusia.

Una vez hecho el ajuste con los príncipes de Baden, de Wurtemberg y de Baviera, los únicos que fueron llamados á la negociación, se puso el tratado á la firma de los otros príncipes comprendidos á solicitud suya en la nueva confederación, aunque sin consultarlos sobre la naturaleza del acto que la constituía. El tratado se firmó con fecha 12 de julio; he aquí cuáles fueron sus disposiciones:

La nueva confederación debía llevar un título breve y bien escogido, el de *Confederación del Rhin*, título que excluía la pretensión de querer abrazar toda la Alemania, cuando no se aplicaba á los Estados limítrofes con la Francia y que seguían con ella relaciones de interés indispensables. Así, pues, ese título enmendaba en cierto modo el desacierto de la institución. Los príncipes firmantes formaban una confederación bajo la presidencia del príncipe archicanciller y bajo el protectorado del emperador de los franceses. Las controversias que vieran á surgir entre ellos serían resueltas en una Dieta que había de residir en Francfort, compuesta de dos

solos colegios, llamado el uno colegio de los reyes y el otro colegio de los príncipes. El primero correspondía al antiguo colegio de los electores que en la actualidad nada podía significar puesto que ya no había menester de elegir emperador; el segundo, tanto por su título como por su propia esencia, era el antiguo colegio de los príncipes; quedaba, pues, el antiguo colegio de las ciudades sin ningún equivalente.

Los príncipes confederados quedaban por lo mismo en perpetua alianza ofensiva y defensiva con la Francia, y cualquiera guerra que se empeñase, ora contra la confederación, ora contra la Francia, ésta y aquélla harían causa común, poniendo la última doscientos mil combatientes, y la primera sesenta y tres mil repartidos del modo siguiente: la Baviera treinta mil, el Wurtemberg doce mil, el gran ducado de Baden ocho mil, el gran ducado de Berg cinco mil, el de Hesse-Darmstadt cuatro mil; en fin, los pequeños Estados cuatro mil entre todos ellos. El emperador de los franceses se reservaba la prerrogativa de proveer la dignidad de príncipe archicanciller siempre que la muerte del poseedor lo hiciese necesario.

Los confederados se declaraban separados para siempre del imperio germánico, debiendo reproducir inmediatamente y en solemne forma esa misma declaración ante la Dieta de Ratisbona. Habían de regir sus Estados y sus recíprocas relaciones, no menos que todo cuanto mirara á sus negocios alemanes, según leyes que la Dieta de Francfort determinaría inmediatamente.

Poníase por cláusula especial que todas las casas alemanas quedaban facultadas para adherirse más tarde á este pacto, debiendo verificarlo por medio de una pura y simple declaración.

Componíase entonces la nueva confederación del Rhin de los reyes de Baviera y de Wurtemberg, del príncipe archicanciller, arzobispo de Ratisbona, los grandes duques de Baden, de Berg, de Hesse-Darmstadt y los duques de Nassau-Usingen y Nassau-Weilburgo; en fin, de los príncipes de Hohenzollern-Hechingen y Hohenzollern-Sigmaringen, de Salm-Salm y Salm-Kirburgo, de Isemburgo, de Aremberg, de Lichtenstein y de Leyen.

Los Hohenzollern y los Salm quedaban comprendidos en la nueva confederación á causa de la dilatada resistencia que habían hecho en Francia varios miembros de esas familias y del apego con que miraban nuestros intereses. El príncipe de Lichtenstein obtuvo su admisión y conservó por este medio su título de príncipe reinante, aunque austriaco, en consideración á haber firmado el tratado de Presburgo, donde se manifestaron no pocos aficionados que suspiraban por aquel principado y por otros quedados en pie, siendo la Francia la que cerró la puerta á todas esas ambiciones.

La circunscripción geográfica de la confederación del Rhin comprendía los territorios situados entre el Sieg, el Lahn, el Nécker, el Alto Danubio, el Isar y el Inn, esto es, los países de Nassau y de Baden, la Franconia, la Suabia, el alto Palatinado y la Baviera. Todo príncipe encerrado en este círculo y que no estuviera inscrito en el acta constitutiva, perdía su calidad de príncipe reinante; quedaba, pues, *mediatizado*, expresión tomada del antiguo derecho germano, queriendo decir que un príncipe cesaba de depender *inmediatamente* del jefe supremo del imperio, del cual no dependería sino *me-*

*diatamente*, cayendo por lo mismo bajo la autoridad del soberano territorial en cuyos dominios se encontraba comprendido y perdiendo por tal medio su soberanía.

Los príncipes y condes *mediatizados* conservaban ciertos derechos de tales y sólo perdían los de la soberanía, que pasaban á aquellos que debían ser sus soberanos, y que comprendían los correspondientes á la legislación, al ejercicio de la jurisdicción suprema, de la alta policía, del repartimiento de los tributos y de la quinta. La justicia inferior y la intermedia, la inspección de montes y plantíos, los derechos de caza y pesca, los de pastos, el beneficio de las minas y todos los cánones de origen feudal, sin contar las propiedades personales, componían las prerrogativas dejadas á los mediatizados.

Conservaban además la facultad de ser juzgados por sus pares, calificados de *ostregas* en la antigua constitución alemana.

La nobleza inmediata quedaba definitivamente incorporada. Los *mediatizados*, reducidos del estado de príncipes reinantes al de súbditos privilegiados, eran bastante numerosos, y el número habría sido mayor sin la intervención de la Francia, pudiéndose contar entre aquéllos los príncipes de Fustemberg, adictos al Austria; los de Hohenlohe á la Prusia; el de la Torre y Taxis, que había sido despojado del monopolio de las postas alemanas; los de Loevenstein-Wertheim, de Linange, de Loos, de Schwartzemberg, de Solms, de Wigenstein-Berleburgo, y otros varios. La casa de Nassau-Fulde, antiguo estatúder, perdía algunas porciones de sus dominios en consecuencia de su contigüidad de territorio con la nueva confederación. A más de los graves recelos que debía inspirar á la corte de Berlín semejante confederación, todavía había en ella dos causas para avivar su resentimiento particular: las pérdidas que sufrían las dos casas de Nassau-Fulde y de la Torre y Taxis ya mencionadas, ligadas con vínculos de parentesco muy próximo con la familia real de Prusia.

A esas disposiciones fundamentales, todavía añadía el tratado los reglamentos territoriales necesarios para ahorrar contiendas entre los soberanos de Baden, de Wurtemberg y de la Baviera, coherederos inconciliables de la Suabia austriaca, de los dominios de la nobleza inmediata y de los Estados pertenecientes á los príncipes *mediatizados*.

La ciudad libre de Nuremberg, cuya suerte no había medio de fijar entre un estado llano turbulento, que la traía en continua agitación, y una nobleza que la empobrecía por medio de una administración dispendiosa, le fué concedida á la Baviera, como igualmente Ratisbona, en cambio de algunas cesiones que ella hizo en el Tirol y en el reino de Italia. El príncipe archicanciller encontró en la ciudad y la jurisdicción de Francfort una rica compensación, y en Francfort era donde había de reunirse la Dieta.

Ese célebre tratado de la confederación del Rhin acabó con el antiguo imperio germano, que contaba ya mil seis años de existencia desde Carlomagno, coronado en 800, hasta Francisco II, desposeído de él en 1806 (1).

(1) Aunque de origen tan escandalosamente simoníaco, no hay duda que el que Napoleón iba á resucitar hubiera podido consolidarse, si por primera condición entrara tratando con el papa como en su tiempo lo hizo Carlomagno, cuya máxima fué *dame y te daré*: siguiendo en este punto el ejemplo del usurpador Pipino,

Ofreca el nuevo modelo sobre el cual debía constituirse la Alemania moderna, y desde ese punto de vista era una verdadera reforma social que ponía entonces bajo la influencia temporal de la Francia los Estados del Mediodía de aquella potencia, dejando que anduvieran errantes los del Norte para procurarse protectores donde más les agradara.

Ese tratado, publicado el 12 de julio con gran pompa, no causó la menor sorpresa, pero dió conocida y generalmente á entender á todo el mundo que ese era el complemento del sistema europeo de Napoleón, que teniendo ya todo el Mediodía de la Europa bajo su dependencia en tronos ocupados por su familia, y acabando de declararse el protector de los príncipes de la parte del Rhin, para ser emperador de Occidente nada sino el título le faltaba.

Importaba notificar esos resultados á quienes correspondían, esto es, á la Dieta de Ratisbona, al emperador de Austria y á la Prusia. La declaración á la Dieta era muy sencilla; bastaba con decirle que no se la reconociera en adelante para nada. Por lo que hace al emperador de Austria, se le dirigió una nota en la cual, sin indicarle la conducta que él debía observar, ó que se daba por supuesta, se le hablaba del imperio germano como de una institución no menos gastada que la república de Venecia, imperio que se había desmoronado por todos cuatro costados, sin fuerza ya para proteger á los Estados débiles, sin influencia en los poderosos, sin poder responder á las exigencias de la época ni á la relativa proporción de los Estados entre sí; en una palabra, que no procuraba ya á la casa de Austria otra cosa más que un título vano, el de emperador de Alemania, título cuya insignificancia tenía hartó prevista el jefe actual de aquella casa cuando se proclamó emperador de Austria, por cuyo medio parecía que la corte de Viena se había desnudado de toda dependencia concerniente á las casas electorales. Dijérase, pues, que se contaba con que, sin solicitarlo, había de ir el emperador Francisco hasta el punto de abdicar un título que de hecho desapareciera en gran parte de la Alemania, en todo aquello que contenía la confederación del Rhin, y que la Francia no había de reconocer en adelante.

En cuanto á la Prusia, se le daba el parabién de verla por fin libre de los vínculos que la unían al imperio germano, ordinariamente esclavo del Austria; y para pagarla el tomar bajo su dependencia el Mediodía de la Alemania, se le estimuló á que hiciera ella otro tanto con la parte Norte. «El emperador Napo-

dicho el Breve, que robó veintidós ciudades á la corona lombarda, para dárselas á Esteban II porque declarara Santa la usurpación de los tronos de los Merovingios. Con todo, más generoso se mostró Carlomagno, cuya espada iba á medias entre el poder temporal y el espiritual, sin cuyo requisito no se habría llamado emperador de Occidente. También produjo ese título otro no menos peregrino, el de emperador de Constantinopla que León X concedió á Francisco I á cuenta de que todos los lombardos serían forzados á no consumir más sal que la que les vendiese el papa, que solía producir anualmente unos cinco millones de reales; ración que se perdió por la casualidad de perderse en Pavia el tal Francisco I, cosa que sintió muy mucho Pío IV, como él mismo lo dijo en 1561. En vista de hechos tales, el imperio de Occidente en Napoleón no debía prosperar; porque Napoleón se tomaba sin que le dieran, y no daba sino á los suyos, importándole muy poco de lo que diría San Pedro en Roma, cuando, como lo dice Thiers mismo, tan fácil habría sido contentarle. (N. del T.)

león, decía entonces el gabinete francés, verá sin celos, y aun con mucha satisfacción suya, que la Prusia pone bajo su influencia todos los Estados del Norte de la Alemania por medio de una confederación semejante á la del Rhin.» No se nombraban los príncipes que habían de componer aquella confederación, pero no podían ser muy numerosos, ni mucha tampoco su importancia. Quedaban Hesse-Cassel, la Sajonia con sus diversas líneas, las dos casas de Mecklemburgo, en fin, los pequeños Estados del Norte, cuya enumeración fuera ociosa; pero con la promesa de que no se opondría obstáculo á una confederación tan pobre.

Con todo, Napoleón no se atrevió á ejecutar cosas de tanta gravedad hasta haber tomado precauciones tan enérgicas cuanto eran hostiles. Atento con toda su ordinaria solicitud á cuanto pasaba en Nápoles, en Venecia y en Dalmacia, sin por eso apartar sus desvelos de la administración interior de su imperio, todavía se ocupó en poner su grande ejército bajo un pie formidable. Ese ejército, que como ya se ha visto, estaba distribuido entre la Baviera, la Franconia y la Suabia, viviendo en excelentes acantonamientos, y muy descansado, se encontraba dispuesto á marchar de nuevo, ya conviniera refluir por la Baviera hacia el Austria, ya tuviera que caer por la Franconia y por la Sajonia contra la Prusia. Napoleón había incorporado ya en aquel ejército las dos reservas formadas en Strasburgo y en Maguncia bajo el mando de los mariscales Kéllermann y Lefebvre, lo cual aumentaba las fuerzas con unos cuarenta mil hombres, soldados de un año, perfectamente disciplinados, instruidos, y en estado de aguantar la fatiga. Aún había algunos pertenecientes á las reservas de los años anteriores, y que estaban ya en la edad de la verdadera fuerza, esto es, en los veinticuatro ó veinticinco años; de suerte que ya que el ejército quedara en la última campaña disminuido de unos veinte mil hombres, cuya cuarta parte había regresado de nuevo á sus filas, merced á aquel refuerzo otra vez volvía á verse robustecido y reforzado. Napoleón, con la ventaja de que el país extranjero le estaba manteniendo una parte de sus tropas, llevó el efectivo de ellas á cuatrocientos cincuenta mil hombres, en esta forma: ciento cincuenta y dos mil en el interior, comprendiendo en ese número gendarmes, veteranos inválidos y depósitos; cuarenta mil en Nápoles; cincuenta mil en Lombardía; veinte mil en Dalmacia; seis mil en Holanda; doce mil en el campo de Boloña y ciento setenta mil en el grande ejército. Estos últimos, que se encontraban reunidos en un solo cuerpo compuesto de treinta mil caballos, diez mil artilleros y ciento treinta mil infantes, habían llegado al último grado de perfección posible en cuanto á disciplina y guerra, é iban bajo las órdenes inmediatas del más famoso capitán del siglo. Es menester notar que ya no hacía parte de ese cuerpo el general Marmont destinado á la Dalmacia, ni los holandeses quedados en Holanda, ni en fin los bávaros, y he ahí la causa por la cual no parecía ese ejército más numeroso no obstante haberse incorporado las reservas.

En estado tan importante bien podía Napoleón esperar el efecto que pudiera producir en Berlín y Viena el conjunto de sus proyectos, no menos que el resultado de las negociaciones que se seguían en París con la Inglaterra y la Rusia. Por lo demás, ninguna inclinación

sentía él á que se prosiguiera la guerra, á no provocársele queriendo resistir al cumplimiento de sus designios. Al contrario, se le hacía ya tarde el ver en torno suyo á sus tropas para la magnífica fiesta con que París quería obsequiarlas. Era una idea muy feliz la de esa noble capital queriendo festejar al ejército heroico, ese París tan sensible á todas las conmociones de la Francia, y que si no la excede en sensibilidad al participar de ellas, por lo menos las expresa con mayor presteza y energía, merced al poder del número, al hábito de la iniciativa en todas las cosas y al de hablar por el bien del país en todas las ocasiones.

Napoleón, grande por naturaleza, grande también por el triunfo, que exaltaba no poco su imaginación, con todo de verse en medio de esas negociaciones tan vastas y variadas, de esos cuidados militares que se extendían desde Nápoles á la Iliria, desde la Iliria á la Alemania y desde la Alemania á la Holanda, todavía discurría con el mayor apego en busca de inmortales creaciones de arte y de utilidad pública. Como había visitado todos los establecimientos públicos de la capital en los cortos instantes que le dejaba libres la guerra, ni uno solo llegó á ver que no le sugiriera de repente tal ó cual reforma grandiosa, moral y útil, y cuya realización estamos hoy viendo en el mismo casco de París. Había pasado á San Dionisio, y como viera el lastimoso deterioro de aquella antigua basílica, sobre todo desde que fueron violados los sepulcros de los reyes, al instante ordenó por medio de un decreto el reparo de aquel monumento venerable, disponiendo levantar en ella cuatro capillas sepulcrales, las tres para los reyes de las antiguas dinastías y la otra para los príncipes de su propia familia. Los restos de los reyes, que andaban dispersos después que sus sepulcros fueron profanados, debían volverse á poner bajo de mármoles, en los cuales se había de esculpir el nombre del rey que cada uno de ellos encerrara, é instituyó de paso un cabildo de diez obispos antiguos para el oficio perpetuo en aquel fúnebre asilo de nuestros reales monarcas.

Después de haber visitado la iglesia de Santa Genoveva, también ordenó que cuanto antes se acabase la fábrica de ese hermoso templo, se dedicase al culto, pero conservando el destino que le había señalado la Asamblea Constituyente, esto es, siendo el depósito de las cenizas de los hombres ilustres de la Francia y debiendo asistirle el cabildo de la metrópoli, ya aumentado, para el desempeño diario de los divinos oficios.

El senado tenía ordenada la erección de un monumento triunfal á propuesta del tribunal, y después de varios planes que fueron rechazados, Napoleón se pronunció por el que llevaba la idea de levantar sobre la plaza más hermosa de París una columna de bronce semejante en forma y dimensión á la columna de Trajano. Ese monumento consagrado al grande ejército presentaría en torno de su caja magnífica y en un soberbio bajo relieve todas las batallas de la campaña de 1805, y se había de hacer con el bronce de los cañones tomados al enemigo. Sobre su capitel se debía poner la estatua de Napoleón en traje imperial. Tal fué, en efecto, esa misma columna de la plaza de Vendome, delante de cuyo pie pasan y pasarán las generaciones presentes y futuras, siendo objeto de su generosa emulación en tanto que ellas conserven el amor de la gloria

nacional, como lo sería de eterna condenación si un día llegaran á olvidarse de ese noble sentimiento.

Napoleón decretó en seguida un arco de triunfo en la plaza del Carroussel, tal y el mismo que existe en el día de hoy. Entraba ese arco en el plan de las obras necesarias para conclusión del Louvre y de las Tullerías, dos palacios que no debían formar sino uno mismo, y el mayor de los conocidos en el orbe. Como un día se detuviera Napoleón en el patio del Louvre, encarándose hacia la casa del Ayuntamiento, le vino la idea de abrir una calle inmensa que había de construirse con toda uniformidad y ser tan espaciosa como la calle de la Paz (1), prolongándose hasta la barrera del Trono, de suerte que la vista pudiera alcanzar por un lado hasta los Campos Eliseos y por el otro hasta la arboleda de Vincennes (2), y su nombre sería el de CALLE IMPERIAL. Hacía ya algún tiempo que estaba decretado también otro monumento para el solar de la antigua Bastilla, deseando Napoleón que fuese un arco triunfal vasto hasta el punto de que por su centro pudiese pasar la gran calle proyectada, y fundado en la intersección de esa misma calle y la del canal de San Martín. Como los arquitectos declaraban imposible la ejecución de semejante obra sobre tal base, se determinó que ese arco se levantase en la plaza de la Estrella, para que diese su frente á las Tullerías, y formase una de las extremidades de la inmensa línea que Napoleón quería trazar al seno de su capital. La generación presente ha concluido la mayor parte de los monumentos que el emperador no pudo acabar por falta de tiempo; pero nada ha hecho en el Louvre, ni ha abierto tampoco la magnífica calle que aquél proyectó.

Ni se contentó con dotar á París con obras de puro adorno; parecióle al contrario que era indigno de la prosperidad del imperio el que la capital careciese de agua, cuando por su centro corría un río tan caudaloso y tan cristalino (3). Las fuentes no quedaban abiertas sino durante el día, y dispuso que al momento se comenzasen obras en las bombas de Nuestra Señora, del Puente-Nuevo, de Chaillot y del Gros Caillou, para que día y noche estuviesen surtiendo agua, mandando además el establecimiento de quince fuentes nuevas, comprendiendo en ellas el depósito llamado Palacio de Agua. Cumplidas quedaron en los primeros dos meses algunas de esas órdenes, y setenta y cinco eran las fuentes que día y noche estaban surtiendo de agua á la capital, siendo el tesoro público el que suministró los fondos.

(1) Ancha como la llamada en Madrid *calle de Alcalá*, pero con edificios uniformes y magníficos de uno y otro lado. (N. del T.)

(2) Semejante calle habría tenido unas dos leguas francesas de longitud, ó muy poco menos, y hubiera podido llevarse á cordel. (N. del T.)

(3) De muy poco importe es la observación, pero queremos notarla para que se advierta que hasta en las cosas más insignificantes ha de lucir la exagerada vanidad de los franceses. ¡Cristalino el Sena, cristalino! Pues ¿no están siempre sus aguas como las primeras que suelta cuando se revuelven con la hez que había posado el vino? Ni pudiera ser menos con las mil y mil alcantariñas que á ese río llevan todos los días, desde las ocho de la mañana hasta las once y desde las tres de la tarde hasta las seis, otros ríos de inmundicias que convierten el agua de las dos orillas del Sena en tinta, y que no pudiera ser potable si no fuera por lo que la purgan los filtros de las arcas, los que pasa después en las fuentes públicas y los que tiene que pasar por tercera vez en las fuentes de las cocinas particulares. (N. del T.)

Napoleón ordenó igualmente la continuación de los malecones del Sena, disponiendo que el puente del Jardín de Plantas, entonces á medio hacer, había de llevar el glorioso nombre de Austerlitz. Como reparara, visitando el Campo de Marte para determinar el plan de las fiestas que se estaban preparando, lo indispensable de una comunicación en aquel punto entre las dos márgenes del Sena, al instante ordenó la construcción de un puente de piedra, que había de ser el más hermoso de la capital y que luego tomó el nombre de Jena.

Hasta los departamentos más remotos del imperio llegaron á gozar una parte de la munificencia imperial. En aquel año decretó Napoleón el canal del Ródano al Rhin, el del Escalda al Rhin, y que se estudiase también el que debía ir desde Nantes á Brest. Determinó recursos para la continuación de los canales del Ourcq, de San Quintín y de Borgoña; prescribió la construcción de una gran calzada de sesenta leguas, que iría desde Metz á Maguncia atravesando el valle del Mosela; hizo que se comenzase la carretera de Rouen á Lyon, en donde se encuentra la famosa bajada de Tarara, casi rival del Simplón, la célebre calzada de la Cornisa, que va desde Niza á Génova, rozándose con las faldas del Apenino por entre la cúspide de ese monte y el mar. También mandó que se continuase el camino del Simplón, ya casi concluido; el del Monte Cenis, el del Monte Enebro, en fin, el que sigue á orilla del Rhin. Ordenó además varias obras en el arsenal de Amberes.

No parece sino que la victoria había fecundado aquella imaginación extraordinaria, porque la mayor parte de todas esas maravillosas creaciones datan de ese año memorable, año en que vence la primera mitad de su carrera, mitad tan lisonjera, pues que casi siempre fué dirigida por la prudencia, siendo la segunda mitad tan extraordinaria cuanto tuvo de triste, porque aquel genio envanecido con los triunfos se arrojó muy más allá de los límites del poder humano, para hundirse y perecer en el abismo.

El cuerpo legislativo adoptaba sin chistar todos cuantos proyectos le presentaba Napoleón, después de discutidos en el Consejo de Estado. Allí ya no había que contar con las tempestuosas escenas de la revolución, ni tampoco todavía con las que eran de esperar de un parlamento libre; lo único que se veía era una asamblea adoptando pacífica y confiada proyectos que de antemano tenía ella por muy bien dispuestos y no menos acertadamente concebidos.

En aquel año se presentó igualmente un nuevo código, el civil, fruto de largas tareas entre los tribunales y los consejeros de Estado bajo la dirección del archicanciller Cambaceres, código que regulaba los procedimientos conforme á la nueva y simple forma que se había dado á nuestras leyes, y que fué adoptado sin oposición, como que de antemano se habían desatado por el Consejo de Estado y por el tribunalado cuantas observaciones hubiera podido motivar.

La organización del Consejo de Estado recibió una mejora importante. Ese cuerpo había entendido hasta entonces en el examen de proyectos de ley, en las grandes medidas gubernativas, tales como el concordato, la coronación, el viaje del papa á París, la grave cuestión diplomática de los preliminares San Julián, que el Aus-

tria no ratificó; se trataban con él todos los negocios de Estado, y mejor le fuera el nombre de consejo de gobierno que no el de consejo de administración. Verdad es que de día en día se le iba descargando del cuidado de esas cuestiones de tanto importe, no dejándole sino las puramente administrativas que se multiplicaban sin cesar á los progresos de la época y á la extensión que el imperio iba adquiriendo. Los consejeros de Estado, personajes importantes todos ellos y casi iguales á los ministros, se miraban en un rango demasiado elevado y eran además muy poco numerosos para haber de encargarse por sí mismos del relato de los expedientes. A medida que iba aumentando el número de los negocios, tomando de paso el carácter administrativo, otra necesidad se hacía reparar, la de formar miembros para el Consejo de Estado, de crear una escala para llegar á semejante empleo, y sobre todo de irle componiendo con la juventud de alta categoría, tras la cual andaba Napoleón, así para las funciones militares como para las de guerra. Una vez que hubo examinado ese punto con el archicanciller, creó los relatores, clase de magistrados entre los auditores y los consejeros de Estado, encargados del relato del inmenso número de expedientes y con voto deliberativo en todos ellos, señalándoles un sueldo proporcionado con la importancia de sus atribuciones. Portalis hijo, Molé y Pasquier, muy jóvenes entonces y escogidos inmediatamente para relatores, comenzaron á justificar la utilidad y la intención de tal proyecto; pues si con premios se pagaba en aquella época el mérito que consigo llevaba recuerdos, no por eso quedaba excluido el mérito que se anunciaba sin antecedente ninguno.

A esa prudente innovación que nos ha legado una muchedumbre de administradores hábiles, otra cumplió Napoleón inmediatamente. Faltaba jurisdicción para los asentistas que trataban con el Estado, y ya el empeño de las obras públicas, ya el de sus ministros, y cualquiera otro correspondiente á la Hacienda. Ese vacío le había revelado la conducta de la compañía de *Negociantes reunidos*, conducta que no sabiendo Napoleón á cual de los tribunales someterla, llegó á caer en la idea de denunciársela al cuerpo legislativo. El conocimiento de aquel negocio no se podía en efecto atribuir á ninguno de los tribunales, sea en razón de las luces especiales que por sí mismo reclama, sea por la naturaleza, que debe ser administrativa mucho más que judicial. He ahí la causa que hubo para conferir al Consejo de Estado el conocimiento de todos los tratos ajustados con el gobierno, y ese fué el principal origen de sus atribuciones contenciosas: por cuyo motivo se le dieron al propio tiempo *abogados* llamados *del Consejo* que debían defender por medio de alegatos escritos los intereses de las partes obligadas á comparecer ante esa nueva jurisdicción.

Tras todas esas creaciones, todavía dispuso Napoleón otra que quizá sea la más preciosa entre las de su reinado: la Universidad. Ya queda expuesto el sistema de educación que él había adoptado en 1802 al sentar los primeros cimientos de la nueva sociedad francesa. En medio de las ancianas generaciones que la revolución ensañó tanto para que las unas llorasen la ruina del régimen antiguo, mientras que las otras, sin querer que á él se les volviera, estaban sin embargo muy mal halla-

das con el nuevo, Napoleón se propuso formar por medio de la enseñanza una generación nueva, amoldada para las instituciones modernas y dirigida por ellas. En lugar de mantener esas escuelas centrales, verdaderos cursos públicos á los cuales asistían los jóvenes, para oír cómo el profesor, siguiendo su propio capricho ó el antojo del tiempo, se ponía á discurrir sobre las ciencias físicas mucho más que sobre las letras, Napoleón instituyó, como ya se dijo, establecimientos donde la juventud, alojada y mantenida, recibía por cuenta del Estado la instrucción y la educación, y en los cuales las letras recobraron el lugar que no debieran haber perdido nunca, sin que las ciencias perdiesen lo que habían ganado. Bien presumió el emperador que la preocupación y la malevolencia se levantarían contra ese género de establecimientos, y por eso salió fundando seis mil becas, con cuyo dote compuso de autoridad propia (pero de autoridad bienhechora) la población de los nueve colegios llamados Liceos, unos que acababan de abrirse entonces y otros que no eran sino transformación de antiguas escuelas, y que todos ellos presentaban ya en 1806 el espectáculo del orden, de las buenas costumbres y de útiles y verdaderos estudios. Veintinueve casas de esa clase llegaban á contarse entonces, y Napoleón quiso elevar el número hasta ciento, debiendo poner los consejos trescientas diez escuelas de segundo orden, y permitiendo que los particulares pudiesen abrir hasta otras trescientas diez más, pero con condición de que las primeras habían de seguir estrictamente las reglas de los Liceos y las segundas enviar á éstos sus alumnos; tal era el complemento de los nuevos establecimientos. El sistema logró un éxito feliz. Así con toda suerte de imposturas se comenzó á desacreditar á los Liceos, ora por los directores de las casas de educación particulares, ora por los padres de los jóvenes infatuados en sus rancias preocupaciones, ora en fin por los sacerdotes que no sueñan sino con la conquista de la educación pública. Decían estos últimos que en los Liceos nada más que las matemáticas se enseñaba, porque lo que se apetecía era formar buenos militares, y que la religión estaba abandonada, no menos que el uso de las sanas costumbres. Nada tan falso, porque se atendió ante todas cosas al honroso restablecimiento de las letras y se consiguió el fin propuesto. Se enseñaba allí la religión por capellanes, tan seriamente como podía esperarse de la voluntad del autor del concordato, y con el éxito que permitía el espíritu del siglo. En una palabra, se observaba en los Liceos una vida austera, casi militar, y con ejercicios continuos que preservaban á la juventud de las pasiones precoces, siendo además, por lo que mira á las costumbres, mucho más severos que las escuelas de los particulares.

Y al cabo, ni la maledicencia de hombres interesados, ni la de los partidarios del antiguo régimen, pudieron impedir que los Liceos prosperaran con rapidez. Se veían concurridos por una numerosa juventud atraída por el beneficio de las becas, y aumentada maravillosamente con la que les enviaba la confianza de las familias.

Pero en sentir de Napoleón eso no era sino un caso bosquejo de la obra como él la tenía concebida. Lo más importante no estaba en hacerse con discípulos:

era menester darles profesores; se hacía necesaria la Dirección de estudios, cuestión grave que Napoleón tenía resuelta con cuanta entereza de carácter ponía en todas sus cosas. Fiar la educación á los sacerdotes era, según él, inadmisibile. Sí que había restablecido los cultos; pero hízolo con el íntimo convencimiento de que toda sociedad ha menester de una religión, no como medio de una segunda policía, sí sólo como una satisfacción debida á las necesidades más nobles del alma humana; por consiguiente, muy ajeno estaba de querer abandonar al clero el cuidado de formar la nueva sociedad, á ese clero que por su tenaz apego á las preocupaciones, por su amor á lo pasado, por su odio contra lo presente, y por el terror que supone en el porvenir, no podía dejar de imbuir á la juventud las lastimosas pasiones de la generación que iba á extinguirse. Importa que la juventud sea educada conforme al modelo de la sociedad en que va á entrar, y que halle en las escuelas el espíritu de la familia como en la familia el de la sociedad, con costumbres más puras, con hábitos más regulares y un trabajo más sostenido; importa, en una palabra, que la escuela sea fiel espejo de la sociedad perfeccionada. Si hubiera discordancia entre una y otra, si la juventud advierte que el lenguaje de sus maestros es diverso del de sus familias; si oye que aquéllos encomian lo que éstas vituperan, el contraste no puede dejar de turbar su entendimiento, arrastrándola á que aborrezca á sus maestros, si acaso confía más en la doctrina de sus familias, ó á aborrecer á éstas si tiene puesta su confianza en aquéllos. En tal caso, de seguro pasará la segunda parte de la vida en no creer nada de cuanto comenzó á creer en la primera. La misma religión, si se enseña con afectada pompa en lugar del respeto con que se debe exponer en presencia de la juventud, la religión misma será considerada como un verdadero yugo, que los jóvenes querrán romper en viéndose libres, como rompen todos los demás yugos del colegio. Esas y no otras fueron las razones que apartaron á Napoleón de la idea de confiar al clero la educación de la juventud, y aún hubo otra más poderosa y que acabó de afirmarle en aquel propósito. ¿Era el clero apto para la educación de judíos y de protestantes? No, ciertamente. Pues entonces imposible el que juntos pudieran educarse judíos, protestantes y católicos, para componer con todos ellos una juventud ilustrada, tolerante, amiga del país y propia para todas las carreras; una juventud, en fin, como convenía que fuese la nueva Francia.

Sin embargo, ya que no hubiera en el clero las cualidades necesarias para semejante obra, algunas poseía muy preciosas, y convenía aprovecharse de ellas. La vida regular, laboriosa, sobria y modesta, era una de las condiciones indispensables para educar la juventud, y no era prudente contentarse con el primer *quidam* formado por las vicisitudes del tiempo y de una sociedad relajada para el desempeño de semejante misión; pero ¿era imposible pasar á los legos algunas de las cualidades que el clero poseía? No era de tal sentir Napoleón, y la experiencia confirmó luego en este punto su opinión. La vida estudiosa tiene su analogía con la religiosa, es compatible con la regularidad de costumbres y con un mediano pasar; y por tanto creyó Napoleón que se podía crear por medio de reglamentos un